

¿Por qué la Biblia presenta a Dios como teniendo celos de los ídolos?

Una aproximación a la idolatría ayer y hoy, desde la perspectiva bíblica

Xavier Alegre,
Facultad de Teología de Cataluña, Barcelona,
Centro Monseñor Romero, San Salvador

Introducción

La idolatría no es solo un problema del pasado. Vuelve a ser un tema importante en la teología cristiana¹. Sobre todo en la teología latinoamericana de la liberación. Y ello se debe no solo al hecho de que hay muchas idolatrías en nuestro mundo, sino también —y principalmente— porque los ídolos se caracterizan negativamente por el hecho de que exigen el sacrificio de muchas víctimas por parte de las personas que los adoran. Y nuestro mundo está hoy, más que nunca, plagado de víctimas. Esto es lo que teólogos como Jon Sobrino² denuncian con razón.

1. *Cfr.* el libro del Centre d'estudis Cristianisme i Justícia, escrito en colaboración, *Idolatrías de Occidente*, Barcelona, 2004. Y los nn. 491, 493 y 500 de los documentos de Puebla. Según J. Sobrino, también Mons. Romero reflexionó sobre este tema: “Mons. Romero analizó la idolatría desde las víctimas, criterio sencillo, pero decisivo para saber si y en qué grado hay ídolos. Estos deshumanizan a quienes les dan culto, pero su maldad más honda se descubre en las víctimas que producen: un mundo de pobres y oprimidos, un mundo de muerte. Esto es lo que muestra que la realidad en sí misma es contraria a Dios y lo que plantea en sí mismo el problema teológico. Existen ídolos que producen muerte y la producen con necesidad (...) La superación real de los ídolos es entonces finalidad directa de la teología” (“Reflexiones sobre el significado del ateísmo y la idolatría para la teología”, *Revista Latinoamericana de Teología*, 3 [1986], p. 50).
2. *Cfr.* J. Sobrino, *Compañeros de Jesús. El asesinato-martirio de los jesuitas salvadoreños*, Santander, 1989.

De todos modos, nos deberíamos preguntar, de entrada, si tiene sentido hablar hoy de idolatrías. ¿No es este un tema que es más bien propio del mundo antiguo y de culturas primitivas? ¿No es anacrónico seguir hablando *hoy* de idolatrías? Para responder a estas preguntas hemos de clarificar qué es lo que queremos decir hoy cuando hablamos de idolatrías y de ídolos.

En todo caso, al comenzar la reflexión, hemos de constatar que este tema, que en principio no es nuevo, pues ya Platón reflexionó sobre la importancia de la concepción que tuviéramos del Dios en el cual creyéramos (“lo más importante es pensar correctamente a propósito de los dioses”³), es un tema muy bíblico. Aquí, pues, intentaremos clarificar por qué es así y qué actualidad puede tener para nosotros hoy día la reflexión bíblica.

¿A qué llamamos hoy “ídolo”? El diccionario Casares define así la idolatría: “Adoración que se da a los ídolos y falsas divinidades. // fig. Amor excesivo y vehemente a una persona o cosa”.

Digamos desde el principio que no es necesario que el ídolo sea concebido como gozando de rasgos personales, como pasa a menudo en las religiones antiguas (pensemos, p. ej., en Júpiter, Venus, Baal, Moloc o Astarté), para que pueda ser visto como tal, pues “cualquier cosa puede ser revestida por el hombre con el brillo de lo divino y adorada después como su dios”⁴. Pienso en cosas tan concretas como el dinero o el poder, que, a menudo, son convertidos en ídolos en el sentido antes indicado.

Por eso, los ídolos y las idolatrías no son solo cosa del pasado. De hecho, como indica muy bien Sicre⁵, la divinización de una realidad concreta se convierte en una necesidad para el ser humano, que requiere de otro absoluto cuando renuncia al Dios verdadero. En este sentido, cuando el ser humano no se vincula a la realidad absoluta que denominamos Dios, ha de convertir en absolutas unas realidades que solo son parciales. Y estas, al ser parciales, condicionan negativamente la libertad humana y no pueden saciar el ansia de felicidad, de sentido, que se busca en ellas. Aquí radica su negatividad, al menos en la medida en que se deposita en ellas una confianza total y por ellas se está dispuesto a renunciar a cualquier otra cosa, incluso a las convicciones propias más profundas defendidas hasta aquel momento. De este modo, utilizando un lenguaje religioso se les puede denominar “ídolos”.

3. Platón, *Leyes*, X, 888, a-b.

4. F. König, “El hombre y la religión”, en *Cristo y las religiones de la tierra*, vol. I, p. 53, citado por J. L. Sicre en una obra muy interesante para nuestro tema: *Los dioses olvidados. Poder y riqueza en los profetas preexílicos*, Madrid, 1979, p. 173.

5. *Ibid.*, pp. 173 y ss.

La Biblia, una denuncia continua de la idolatría. La Biblia es sorprendentemente clara en la denuncia de los ídolos y de la idolatría. Quizás el texto más significativo lo encontramos en uno de los códigos legales más importantes del Antiguo Testamento. Me refiero al Decálogo. El texto empieza recordando, como fundamento de las leyes que vienen a continuación, quién es el que le da este código al pueblo de Israel. Es el Dios de Israel, el Dios que le ha hecho salir de Egipto, la tierra en la que vivía esclavizado (*cf.* Ex 20, 1-2). En este contexto, después de que el pueblo ha hecho suya la experiencia del Dios liberador, el Decálogo empieza con estas palabras:

No tendrás otro Dios fuera de mí. No te harás escultura, ni imagen alguna de nada de lo que hay arriba en el cielo o aquí abajo en la tierra, o en el agua debajo de la tierra. No te postrarás ante ellas, ni les darás culto, porque yo, el Señor tu Dios, soy un Dios celoso, que castigo la maldad de los que me odian en sus hijos hasta la tercera y cuarta generación, pero soy misericordioso por mil generaciones con los que me aman y observan mis mandamientos. (Ex 20, 3-6.)

Y es interesante ver cómo Filón comenta también el segundo mandamiento del Decálogo:

Aparte del sentido literal, me parece que sugiere otra idea muy valiosa para promover la moralidad: condena duramente a los amantes del dinero, que buscan monedas de oro y plata por todas partes y atesoran sus bienes como una imagen divina en un santuario, considerándolos fuente de toda clase de bendiciones y de felicidad. Además, todos los menesterosos que están poseídos por esta grave enfermedad, el amor al dinero, aunque no tienen riquezas propias a las que rendir el debido culto, rinden un sorprendente homenaje a las de sus vecinos; muy temprano acuden a las casas de quienes las poseen en abundancia como si fuesen dioses. A estos dice [Moisés] en otro sitio: “No seguirán a los ídolos ni se harán dioses de fundición”, enseñándoles con una imagen que no está bien otorgar honores divinos a las riquezas.⁶

¿Por qué Israel es tan crítico con los ídolos? ¿Dónde radica su negatividad?

Israel es tan crítico con la idolatría porque ha hecho con ella una experiencia muy negativa a lo largo de su historia. Por un lado, la experiencia del pueblo de Dios ha sido positiva en un punto que es fundamental en la vida del pueblo de Israel, tal como la interpretan sus profetas: cuando el pueblo se ha fiado de Dios, ha valido la pena; lo ha experimentado como un Dios salvador, liberador.

En cambio, cuando se ha fiado, en último término, de otras realidades que no son el Dios verdadero —los profetas las denominan “ídolos”—, cuando ha querido controlar a Dios y se ha hecho un dios más a su medida, “en el pecado ha llevado la penitencia”. Pues los ídolos (a) tienen ojos y no ven (*cf.* Sl

6. Filón, *De specialibus legibus*, I, 23-25, citado por Sicre, *op. cit.*, p. 105.

115, 5)⁷; y (b) exigen víctimas. Por eso, cuando el pueblo no se ha fiado de Dios, ha terminado padeciendo las consecuencias de su desconfianza en Yahvé y de su confianza en unos dioses que son falsos.

La diferencia fundamental, pues, entre el Dios que revela la Biblia y los ídolos que la Biblia denuncia se encontraría en el hecho de que el Dios verdadero, el Dios que se reveló a Israel en la liberación de la esclavitud en Egipto y que hizo con él una alianza en el Sinaí, es un Dios que ama a los seres humanos, quiere su bien. Este aspecto lo subraya aún más el Nuevo Testamento (*cfr.* Jn 3, 16; Rm 5, 6ss; 8, 31-37). Los ídolos, en cambio, bajo la apariencia de que procuran la vida y la felicidad de los seres humanos, en realidad los explotan, los deshumanizan e incapacitan para lograr la felicidad a la que aspira toda persona y a la cual está destinada.

Para fundamentar esta afirmación que acabamos de hacer, veremos la denuncia de los ídolos en tres momentos significativos de la reflexión del Antiguo Testamento: (1) la revelación de Dios en el Sinaí y el don del Decálogo; (2) la incredulidad del pueblo, simbolizado por el relato del becerro de oro (Ex 32); y (3) la crítica radical de los profetas ante el hecho de que Israel continuamente cae en la trampa de confiar en los ídolos. De paso, iremos viendo también la resonancia que la crítica veterotestamentaria de los ídolos tiene en el Nuevo Testamento.

1. El Dios que se revela en el Éxodo

El Dios del Antiguo Testamento se caracteriza por que aparece esencialmente como el Dios liberador del Éxodo. Es por tanto un Dios de vida, que quiere el bien, la felicidad, de los seres humanos. Por eso crea un mundo que es bueno (*cfr.* Gn 1). Y supuesto que el hombre es un ser limitado, le muestra su amor recordándole que tiene límites. Lo hace con una prohibición (no comer del árbol del conocimiento del bien y del mal), que tiene un significado profundamente simbólico y que le invita a saber usar bien su libertad (*cfr.* Gn 2, 16-17), pues no saber descubrir los propios límites, cuando se es limitado, lleva a la destrucción.

Este Dios es el que, en el Antiguo Testamento, ha revelado su ser más profundo liberando al pueblo de Israel de la esclavitud que padecía en Egipto. Por esto el pueblo de Israel ha experimentado que es, esencialmente, un Dios bueno y compasivo (*cfr.* Ex 34, 6; Sal 86, 15), que ama a los pobres y a los pueblos

7. El salmo 115 subraya la inoperancia, la vanidad de los ídolos, a pesar de que aparentemente prometan mucho: “Los ídolos de las naciones, en cambio, son de plata y oro, y han sido fabricados por manos humanas. Tienen boca y no hablan, tienen ojos y no ven, tienen orejas y no oyen, tienen nariz y no huelen, tienen manos y no tocan, tienen pies y no caminan, ni un sonido emite su garganta. Sean como ellos quienes los fabrican, quienes confían en ellos” (vv. 4-8).

oprimidos, los escucha y los salva de los peligros (*cf.* Sal 24, 7; 35, 10). Esto es lo que aparece ya claramente en el relato de la vocación de Moisés en Éxodo 3. Pues en este relato el Dios que revela su identidad con el Dios de Abraham, Isaac y Jacob (Ex 3, 4) es, a la vez, el que se caracteriza a sí mismo como un Dios misericordioso y liberador de los oprimidos (*cf.* Sal 103, 6). Y lo hace revelándose así a Moisés.

¡He visto la opresión de mi pueblo en Egipto, he oído el clamor que le arrancan sus opresores y conozco sus angustias! Voy a bajar para librarlo del poder de los egipcios. Lo sacaré de este país y lo llevaré a una tierra nueva y espaciosa, a una tierra que mana leche y miel, a la tierra de los cananeos (...). El clamor de los israelitas ha llegado hasta mí. He visto también cómo son oprimidos por los egipcios. Ve, pues yo te envío al faraón para que saques de Egipto a mi pueblo, a los israelitas. (Ex 3, 7-10.)

Desde esta experiencia del Dios liberador, Moisés, en su testamento (recogido en el Deuteronomio), le encarga al pueblo que, cuando haya llegado a la tierra prometida y tenga la primera cosecha, señal de que ha logrado ya la libertad, mantenga viva la memoria de su experiencia concreta del Dios liberador. Y el modo como mantendrá viva esta memoria consistirá en que vaya al lugar que Dios haya escogido para hacerse presente de modo especial (*cf.* Dt 26, 1.2b). Irá allí para llevar una parte de las primicias de todos los frutos que haya recogido (*cf.* Dt 26, 2a) y lo entregará al sacerdote (*cf.* Dt 26, 3-4) haciendo la siguiente confesión de fe:

Mi padre era un arameo errante. Bajó a Egipto y se estableció allí como extranjero con poca gente; allí llegó a ser una nación grande, fuerte y numerosa. Los egipcios nos maltrataron, nos oprimieron y nos impusieron una dura esclavitud. Entonces clamamos al Señor, Dios de nuestros antepasados, y el Señor escuchó nuestra voz y vio nuestra miseria, nuestra angustia y nuestra opresión. El Señor nos sacó de Egipto con mano fuerte y brazo poderoso en medio de un gran temor, señales y prodigios; nos condujo a este lugar y nos dio esta tierra, que mana leche y miel. Por eso traigo los primeros frutos de esta tierra que el Señor me ha dado. Dejarás los frutos en la presencia del Señor tu Dios. (Dt 26, 5-10.)

Una vez hecha la ofrenda (*cf.* Dt 26, 11), los israelitas compartirán con alegría estos bienes que Dios les ha dado con los pobres que residan en medio del pueblo.

Este gesto de llevar los frutos delante de Dios lo repetirá el pueblo cada tres años. Pero los sacerdotes no se quedarán con los frutos, como si fueran algo que Dios quiera para sí mismo (ni que sea como posesión de sus sacerdotes), sino que los repartirán entre los pobres, que se encuentren en el pueblo, simbolizados, en este relato, por los levitas (que no tienen propiedad de la tierra), los inmigrantes, los huérfanos y las viudas (*cf.* Dt 26, 12-13).

Este modo como Dios se ha revelado en el Éxodo y que, según el Deuteronomio, Moisés quiere que el pueblo recuerde cuando ya esté instalado en la tierra prometida, tiene como meta ayudar al pueblo escogido a que tome conciencia de que, desde la experiencia de un Dios que ama gratuita y generosamente a su pueblo, el pueblo de Dios ha de aprender a compartir sus bienes con los más pobres. Y lo ha de hacer para crear una sociedad, un mundo, en el cual no haya pobres (*cfr.* Dt 15, 4). Para conseguirlo, cada cincuenta años se ha de volver a repartir las tierras entre las familias del pueblo de Dios (*cfr.* Lv 25, 8-19) y cada siete años se han de condonar las deudas (*cfr.* Lv 25, 1-7; Dt 15, 1ss). En el pueblo escogido por Dios para realizar el proyecto salvífico universal, todo el mundo ha de compartir lo que tiene con los más pobres, también con los inmigrantes que viven en el país, recordando que no se les puede explotar y que se ha de tener cuidado de ellos, más aún, se los ha de amar (*cfr.* Lv 19, 34; Dt 10, 19), pues también los israelitas fueron inmigrantes en Egipto (*cfr.* Ex 22, 20; 23, 9) y Dios los liberó.

Y ha de hacerlo para que pueda convertirse en luz (*cfr.* Mt 5, 13-16), en bendición para todos los pueblos de la tierra (*cfr.* Gn 12, 1-3). Porque el Dios que se revela en la Biblia “quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad” (1 Tm 2, 4). Quiere salvar, liberar, a todos los pueblos de la tierra (*cfr.* Am 9, 7; Is 19, 19-25; *cfr.* también Jonás 4, un texto en el cual el profeta revela que el Dios de Israel ama incluso a Nínive, la capital del imperio que es responsable de la destrucción y del exilio que sufrió Israel en el reino del Norte).

Todo esto muestra que el Dios que se revela en la Biblia es un Dios bueno, como recuerda el Sal 25, 6 (“acuérdate, Señor, de que tu ternura y tu amor son eternos”). Es un Dios que ama la creación, que, en principio, es buena (Gn 1). Y ama también a los seres humanos, incluso cuando ellos fallan, pues su amor es totalmente gratuito, como subraya Pablo en Rm 5, 6-8. Por eso, el creyente se atreve a decirle: “No recuerdes los pecados ni las maldades de mi juventud, acuérdate de mí, por tu amor, por tu bondad, Señor” (Sal 25, 7).

Por eso, lo único que pretende Dios con sus mandamientos es educar a su pueblo —y, a través de él, a todos los pueblos de la tierra, los cuales participarán también de la bendición que Dios da a Abraham (*cfr.* Gn 12, 1-3)— para que vivan en paz con justicia, para que creen un mundo alternativo al mundo egoísta, asesino, que no ha permitido, a lo largo de la historia —también de la historia del pueblo de Dios—, que las mayorías empobrecidas de este mundo puedan vivir dignamente, en paz, con justicia y en libertad.

Es el Dios que, además, le revela al pueblo, al final del Decálogo, que la raíz de su deshumanización —y, consecuentemente, de la violencia y de la injusticia, tan extendida en nuestro mundo— se encuentra en la *codicia*, en cuanto esta

cambia al Dios verdadero, defensor del ser humano, por un ídolo que acaba destruyendo a sus “adoradores”, a sus “servidores”.

Esta prohibición de la codicia, como raíz del pecado asesino, que domina a menudo a la humanidad⁸, la hallamos al final del Decálogo. En él leemos: “No desearás la mujer de tu prójimo, ni codiciarás la casa de tu prójimo, su campo, su esclavo o su esclava, su buey o su burro, ni nada de lo que le pertenece” (Dt 5, 21; *cf.* Ex 20, 17, texto paralelo del Decálogo en la tradición sacerdotal, que añade, al comienzo, que no se desee la casa de otro).

Según la Biblia, por tanto, el deseo que no se conforma con los límites propios y quiere apoderarse de todo (quiere ser como Dios, como denuncia el relato de Gn 3) es la raíz de todos los males, el instrumento del cual se sirve el pecado para engañarnos y hacernos caer (*cf.* Rm 7, 7-11). Adán, representante de la humanidad, se deja engañar porque se hace una idea falsa de Dios, como si Él pudiera ser envidioso, enemigo del ser humano (lo que le ha hecho creer la serpiente, según Gn 3, 4-5). Y cree que librarse de Dios, considerando otras realidades como más valiosas, más favorables para él, es lo que le dará la felicidad.

Pero, de hecho, solo descubre su limitación, su desnudez (*cf.* Gn 3, 10). El no querer confiar en el Dios que lo ama se convierte para él en fuente de alienación humana y de violencia contra los otros seres humanos (*cf.* Gn 4: Caín acabará matando a su hermano Abel) y contra la creación, que ahora es experimentada por él como enemiga (*cf.* Gn 3, 17-19).

Esta es la lección sobre Dios y los ídolos que, a manera de reflexión mítica, teológica, los redactores finales del Antiguo Testamento sitúan al inicio del libro, como introducción que nos ayude a comprender mejor la historia del pueblo de Dios que se explica a continuación.

2. Cuando el Dios verdadero se convierte en ídolo (Ex 32)

A pesar de que Dios se había revelado claramente al pueblo de Israel como un Dios bueno y misericordioso que lo ama, la dura experiencia que el pueblo ha ido teniendo a lo largo de su historia le obliga a pensar sobre cuál ha sido la raíz de sus desgracias. ¿Por qué le han ido tan mal las cosas? ¿Por qué ha tenido que sufrir sobre todo el exilio, si Dios lo había escogido para realizar en la tierra su proyecto de salvación universal?

Esta reflexión crítica sobre la propia historia de Israel se hizo principalmente a propósito de la época monárquica, en la cual el pueblo, seducido por la ambición, sobre todo de sus líderes (*cf.* la denuncia que hace Ez 34 de los pastores

8. Una reflexión muy bien hecha sobre la codicia como raíz del pecado y su relación con la idolatría, la encontramos en el artículo de A. Wénin, “La serpiente, el novillo y el Baal”, *Selecciones de Teología*, 43 (2004), pp. 29-38.

de Israel), se olvidó de sus raíces religiosas y quiso imitar a los imperios del entorno. Desgraciadamente, este olvido y la correspondiente elección de unos medios, de unos valores, muy de moda en su entorno, pero alejados de los que Dios les había revelado al liberarlo de Egipto, no le comportaron más vida, más bienestar, más felicidad, sino todo lo contrario.

Esta conciencia crítica es la que se encuentra, por ejemplo, detrás de la petición que el pueblo le hace a Samuel: “Así que nombren un rey para que nos gobierne, como se hace en todas las naciones” (1 Sam 8, 5; *cfr.* también la fábula de Jotam en Jueces 9, 7-15). Dios le hace ver a Samuel que el pueblo no ha rechazado al profeta Samuel con esta petición, sino a Dios mismo. Han preferido a los ídolos, y esto, como se explica bien en 1 Sam 8, 10-18, comportará unas consecuencias muy negativas para el pueblo, que acabará siendo explotado por sus reyes. Por eso, Dios le dice a Samuel:

Haz caso al pueblo en todo lo que te diga, porque no te reclaman a ti; es a mí a quien rechazan, porque no me quieren como rey. Así se han portado conmigo desde el día en que los saqué de Egipto hasta hoy; me han abandonado para dar culto a dioses extranjeros, y así hacen también contigo. Atiende a su ruego, pero adviérteles claramente y dales a conocer los derechos del rey que va reinar sobre ellos. (1 Sam 8, 7-9; *cfr.* 8, 10ss.)

Después de la dura experiencia del exilio (tanto del reino del Norte como del reino de Judá), muchos creyentes caen en la cuenta de que en el fondo, el pueblo de Dios a la larga nunca se atrevió a confiar en Dios, el verdadero rey de Israel, protector de los pobres, que se le había revelado en Egipto y en el Sinaí. Nunca ha sido fiel a la alianza que Dios hizo con él en el Sinaí, después de liberarlo de la opresión de los egipcios. Y en el pecado han llevado la penitencia.

Es, pues, un hecho triste, desalentador, de la historia de Israel, que el pueblo escogido prefirió, seducido por la religiosidad y la cultura de muchos pueblos de su entorno, cambiar al Dios que se les había revelado como cercano y, a la vez, como Señor siempre mayor y no manipulable, por unos dioses más inmediatos, más controlables. Por eso, y a pesar de que Dios haya cuidado mucho de Israel, este pueblo no ha dado el fruto que Dios esperaba (*cfr.* Is 5, 1-7; Mc 12, 1-12).

Lo más triste es que el pueblo confundió, en seguida, a estos dioses con el Dios verdadero. Olvidaron quién era el Dios que les había liberado del yugo de los egipcios (*cfr.* Ex 32, 5). No es casual, entonces, que hayan escogido un becerro de oro para simbolizar en quién quieren confiar realmente para construir, configurar su vida. Pues es símbolo de fuerza incontrolada (como muchos de los dioses de los pueblos vecinos, que querían ser domesticados, controlados, a través del culto) y de riqueza (está hecho con las joyas del pueblo: *cfr.* Ex 32, 2-3).

Peró, como dice el refrán, “en el pecado llevaron la penitencia”. La dura experiencia de Israel fue que, en vez de más vida, su infidelidad a Yahvé y al

proyecto que Dios le había confiado al elegirlo como pueblo, lo que le comportó fue más muerte. Esta consecuencia de muerte, experimentada a lo largo de la historia del pueblo infiel a la alianza, y de modo especial en el exilio, el relato del Éxodo lo simboliza en los tres mil hombres que murieron a manos de los levitas, cuando Moisés bajó de la montaña (*cfr.* Ex 32, 25-28).

Por otro lado, la idolatría es denominada en este contexto —y este tema será recogido por los profetas, sobre todo por Oseas— como una *prostitución*. De hecho, cuando Moisés, después de este episodio, renueva la alianza, vuelve a insistir en la prohibición de adorar a otros dioses al margen de Yahvé, y denomina “una prostitución” al culto que se de les da:

No te postres ante dioses extraños, porque el Señor es un Dios celoso. Su nombre es Dios celoso. No establezcas alianza alguna con los habitantes del país, porque ellos se prostituyen con sus dioses y hacen sacrificios a sus divinidades, y te invitarán a participar en la comida sacrificial. No tomarás de entre sus hijas esposa para tus hijos, no sea que sus hijas, al prostituirse con sus divinidades, hagan que tus hijos se prostituyan también con los dioses de ellas. (Ex 34, 14-16.)

La idolatría es denominada *prostitución* porque el creyente, desde la experiencia negativa que el pueblo ha hecho, cuando se ha fiado plenamente de otras realidades que no son el Dios verdadero, constata que la relación con Dios ha sido una relación de amor liberador, que ha creado una auténtica comunión de vida entre Dios y el pueblo, semejante a la relación de amor que se crea entre la pareja, cuando se aman de verdad.

En cambio, la relación con los ídolos es una que se asemeja más bien a la relación entre el cliente y la prostituta. Lo que se busca en esta relación de modo egoísta no es el bien del otro, sino el provecho propio: el del placer por parte del cliente, y el del dinero por parte de la prostituta. Según los profetas, esto es lo que sucede en la relación entre Israel y los ídolos. Israel les da culto, esperando a cambio que estos le den buenas cosechas, lluvia, bienestar, etc. Pero, de hecho, estos “dioses” que no aman al pueblo como Dios lo hace, en vez de favorecer la vida, la felicidad auténtica de Israel, lo que le procuran es la muerte.

Por eso Israel no puede esperar de los ídolos la salvación, por más poderosos que puedan parecer y por más inmediata que sea la satisfacción que puedan proporcionar. Pues este poder es débil y engañoso, aunque de momento resulte muy satisfactorio. Esto es lo que los profetas, como veremos a continuación, no se cansan de predicar al pueblo, intentando que sea lúcido y a la vez fiel al Dios verdadero, el único que realmente lo puede salvar y que lo ama.

3. La crítica radical de los profetas

Los principales defensores del Dios verdadero y, por tanto, los detractores más radicales de los ídolos son los grandes profetas de Israel. Denunciaban claramente la idolatría. Y además le daban nombres concretos, permitiéndonos así descubrir por qué hoy seguimos adorando ídolos que la Biblia ya denunciaba.

De hecho, sorprende de entrada que en un libro tan “religioso” como el Antiguo Testamento, los ídolos que más a menudo son denunciados no son los cúlticos, los cuales se encuentran en los distintos santuarios del entorno de Israel y en Israel mismo.

Pero no debería sorprendernos que sea así. Pues, como hemos visto antes, Dios escoge y se relaciona con Israel por puro amor y para realizar a través de este pueblo su proyecto salvador a favor de toda la humanidad (*cf.* Gn 12, 3). La alianza —más que el culto en el templo— es lo que Dios le pide a todo el pueblo. Una alianza que tiene como meta crear un pueblo que por su manera de legislar, vivir y relacionarse con Dios y con los otros, muestre a todos los pueblos de la tierra que es posible crear un mundo justo y fraternal, en el cual no haya pobres porque todos compartan (*cf.* Dt 15).

De hecho, esto es lo que, según Lucas (*cf.* Hch 2, 42-47; 4, 32.35), consiguió la primera Iglesia cristiana, la de Jerusalén, gracias al don del Espíritu Santo (*cf.* Hch 2), el cual la capacitó para reconstituir el pueblo de Dios y para realizar el proyecto que Dios en la primera alianza le había confiado inicialmente a Israel. Por eso, en Hch 1, 15-20 Pedro se había preocupado de reconstituir el grupo de los doce, que expresaba, de manera simbólico-profética, ya en tiempos de Jesús, cuál era el proyecto que el Hijo del hombre había venido a realizar en la tierra (*cf.* Mc 3, 13-19 y paralelos): la reconstitución del pueblo de Dios, en función del Reino de Dios, anunciada en Ez 34, pues los doce varones judíos representaban los doce patriarcas del pueblo de Israel. La Iglesia, después de Pascua, ha de recoger la antorcha del pueblo de Israel que constituye sus raíces, y hacer presente en la tierra la misión que Dios inicialmente había confiado a Israel: el reinado de Dios.

Tres son los ídolos que más denuncian los profetas, mostrando que la “adoración” de dichos ídolos comportó el abandono del Dios verdadero por parte de Israel. La Biblia está convencida de que el amor que se les tiene es una especie de prostitución, porque los ídolos ni nos aman, como nos ama Dios, ni merecen nuestro amor. Pues la relación con ellos está movida por la codicia, por el egoísmo, que acaba llevándonos a la muerte, si no la nuestra, de entrada, sí la de las numerosas víctimas que estos ídolos exigen para subsistir.

¿Cuáles son, pues, los ídolos que los profetas más denuncian? En el campo de la economía, el ídolo de la riqueza. En el de la política, el ídolo del poder (y las alianzas con los imperios, los cuales viven de la explotación de las personas y de

los pueblos). Y en el de la religión, el ídolo del culto, incluso el que se realiza en el templo de Jerusalén, cuando este es visto como algo que da seguridad religiosa o como un *alibi* para no hacer justicia.

3.1. El ídolo económico

El primero de los ídolos, y el que tiene consecuencias más negativas pues exige que quienes lo adoran le sacrifiquen muchas víctimas, es el económico.

Los profetas lo denuncian continuamente, tanto los del reino del Norte como los del Sur. Amós es uno de los que hace críticas más radicales, pues ve en la idolatría del dinero la raíz de los males del reino del Norte, sobre todo del sufrimiento de los pobres, que son las víctimas de la acumulación de la riqueza a cualquier precio. La gran amenaza para el pueblo es que la clase dominante de Samaria solo se preocupa de acumular dinero para construir palacios maravillosos gracias a la explotación de los pobres —un tema que sigue siendo actual, desgraciadamente—. Amós les avisa que esto les llevará a la ruina:

Proclámalo en los palacios de Asdod y en los de Egipto; digan: “Reúnanse en la montaña de Samaria y vean cuántos desórdenes hay allí”. No saben obrar con rectitud, oráculo del Señor, los que amontonan en sus palacios el fruto de su violencia y de sus robos. Por eso, así dice el Señor: “El enemigo cercará el país, acabará con tu poder y serán saqueados tus palacios”. (Am 3, 9-11.)

Escuchen esto, los que aplastan al pobre y tratan de eliminar a la gente humilde, ustedes que dicen: “¿Cuándo pasará la fiesta de la luna nueva, para poder vender el trigo; y el sábado, para comerciar el grano? Achicaremos la medida, aumentaremos el precio y falsearemos las balanzas para robar, compraremos al indefenso por dinero y al pobre por un par de sandalias; venderemos hasta los desechos del trigo”. El Señor lo ha jurado, por el honor de Jacob: “Nunca olvidaré lo que han hecho”. (Am 8, 4-7; *cfr.* también 1, 5-7.)

Por el mismo motivo, también el reino del Sur se ve confrontado con la crítica de sus profetas. Sobre todo Miqueas e Isaías son muy explícitos y duros con la idolatrización del dinero y la explotación de las mayorías de Judá cada vez más empobrecidas, en contra de lo que Dios le había pedido al pueblo cuando hizo con él la alianza en el Sinaí. Es también lo que supone la tradición mesiánica, en la cual se espera un Mesías que sea capaz de realizar lo que el salmo 72 le pide al rey ideal. Por eso se le recordaba al rey, en forma de plegaria, cuando subía al trono:

Oh, Dios, da tu juicio al rey, tu justicia al heredero del trono, para que gobierne a tu pueblo con justicia y a tus humildes con equidad. Que las montañas traigan la paz al pueblo, y las colinas, justicia; que salve a los necesitados y aplaste al opresor... Porque él librára al necesitado que suplica, al humilde que no tiene defensor; tendrá compasión del necesitado y del

abandonado, y salvará la vida de los necesitados. Los librará de la violencia y de la opresión, porque sus vidas valen mucho para él. (vv. 1-4.12-14.)

Desgraciadamente, los reyes de Israel, al igual que los ricos y poderosos de la ciudad, no hicieron caso de lo que Dios les pedía. La codicia es el cáncer que ha acabado destruyendo la relación de amor con el Dios de la alianza y ha llevado a los poderosos a enriquecerse cada vez más oprimiendo a los pobres. Por eso Miqueas amenaza en nombre de Dios, advirtiéndoles que la injusticia es como un búmeran, que acaba destruyendo a los mismos que la practican:

¡Ay de aquellos que planean la maldad, que traman el mal en su cama, y en cuanto es de día lo ejecutan, porque tienen el poder en su mano! Codician campos y los roban; casas y se apoderan de ellas; oprimen al jefe de familia y a todos los suyos, al dueño y a sus bienes. Por eso, así dice el Señor: “También yo proyecto un mal contra esa gente, un mal del que no podrán apartar su cuello; no podrán ir más con la frente en alto, porque serán tiempos de desgracia”. Aquel día les dedicarán este proverbio, y les entonarán esta lamentación: “Estamos totalmente arruinados: se reparten la heredad de mi pueblo, ¿cómo es que me la quitan? Los que han conquistado, se han repartido nuestros campos”. Así que no tendrás a nadie que distribuya la tierra en la asamblea del Señor. (Miq 2, 1-5.)

Isaías es también muy explícito en la denuncia de la idolatría del dinero, poniendo de manifiesto que por culpa de este ídolo el pueblo de Israel no experimenta ahora la presencia de Dios, a la vez que les anuncia el castigo que eso les comportará. También en este profeta se ve que la esencia de la relación con Dios está en la defensa de los derechos de los pobres. Por eso, sacrificar esta defensa del pobre —la opción por el pobre era lo que Dios le había pedido al pueblo escogido cuando pactó con él la alianza— para buscar egoístamente el dinero, convertido en dios y simbolizado por los sobornos y los obsequios, es visto como una verdadera prostitución. Pero para los profetas, prosternarse ante el ídolo económico comporta, a la larga, la destrucción del pueblo:

¡Cómo se ha prostituido la villa fiel! Estaba colmada de derecho, habitaba en ella la justicia, y ahora no hay más que asesinos. Tu plata ha perdido su valor, tu vino está aguado, tus jefes son bandidos y cómplices de ladrones; todos aman el soborno, van detrás de los regalos; no defienden al huérfano, no atienden la causa de la viuda. Por eso, así dice el Señor, Dios todopoderoso, el fuerte de Israel: “Me vengaré de mis enemigos, me desquitaré de mis adversarios, levantaré mi mano contra ti, te purificaré en el crisol, separaré de ti el desecho; haré que tus jueces sean como los del principio, tus consejeros como los de antes”. Entonces te llamarán “ciudad de justicia”, “villa fiel”. (Is 1, 21-28.)

Su tierra está llena de oro y plata y son innumerables sus tesoros; su tierra está llena de caballos e innumerables son sus carros; su tierra está llena de ídolos: adoran la obra de sus manos, lo que hicieron con sus dedos. Serán doblegados los mortales, humillados los hombres, y nadie los levantará. (Is 2, 7-9)

¡Ay de los que dictan leyes opresoras, de los que publican decretos injustos; no hacen justicia a los indefensos, despojan de sus derechos a los pobres de mi pueblo, hacen de las viudas su presa, y despojan a los huérfanos! ¿Qué van a hacer el día del castigo? ¿Cómo se librarán de la catástrofe que les llega de lejos? ¿A quién pedirán auxilio? ¿Dónde dejarán sus riquezas? Tendrán que entregarse como prisioneros o caer entre los muertos. Y, con todo, su ira no se calma, su mano sigue amenazante. (Is 10, 1-4.)

También el tercer Isaías, después de la dura experiencia del exilio, que debería haber llevado al pueblo de Dios a recuperar el primer amor y a ser fiel a la alianza, denuncia que los dirigentes de Israel tienen como a un dios el provecho propio. La codicia se ha convertido, una vez más, en su dios. Por eso les dirige la siguiente amenaza:

Por eso, está lejos de nosotros el derecho y no nos llega la justicia: esperamos luz y vienen tinieblas, claridad y no salimos de lo oscuro. Palpamos las paredes como ciegos, vamos a tientas como los que no ven: tropezamos en pleno día como si fuera de noche. Rebosantes de salud estamos como muertos. Gruñimos todos como osos, gemimos sin cesar como palomas; en vano esperamos el derecho, la salvación sigue lejos de nosotros. Porque son muchos nuestros delitos contra ti y nuestros pecados nos acusan. Nos acompañan nuestros delitos y reconocemos nuestros pecados: hemos sido rebeldes e infieles al Señor, nos hemos apartado de nuestro Dios, hemos hablado de violencia y rebelión y hemos planeado engaños en nuestro interior. Se ha desplazado el derecho y se ha arrinconado la justicia; la honradez tropieza en la plaza y a la honestidad no la dejan entrar; ha desaparecido la lealtad y saquean al que se aparta del mal. El Señor ha visto enojado cómo se quebranta el derecho. (Is 59, 15.)

Buscar el provecho propio y no preocuparse de los pobres, no defender sus derechos, de modo que puedan vivir de un modo humano y digno, es lo que más se opone al Dios de Israel que, como dice el salmo 103, 6-7: “El Señor hace justicia y defiende a todos los oprimidos. Él dio a conocer sus planes a Moisés, sus hazañas a los hijos de Israel”.

Jesús fue también muy claro en este punto. De él es aquella sentencia tan radical que obliga a optar entre Dios y el dinero: “Nadie puede servir a dos amos: porque odiará a uno y amará al otro, o será fiel a uno y al otro no le hará caso. Vosotros no podéis servir a Dios y al dinero” (Mt 6, 24). Pues es obvio que, como dijo Jesús (Mt 6, 21), “donde está tu tesoro, allí está tu corazón”. Jesús es tan radical porque, según los Evangelios, ve que para muchos el dinero se

convierte en ídolo, en *Mammon* (cfr. Lc 16, 13, teniendo en cuenta su contexto, que es muy significativo). De hecho, los tres Evangelios sinópticos recogen la afirmación sorprendente de Jesús de que “le es más fácil a un camello pasar por el ojo de una aguja, que a un rico entrar en el Reino de Dios” (Mc 10, 25 / Mt 19, 24 / Lc 18, 25).

Pero es precisamente Lucas el que más denuncia los peligros de la riqueza. Una de las razones se encuentra en el hecho de que, como indica la parábola de Lc 12, 16-20, lleva fácilmente a ser egoísta y a confiar tan solo en los bienes económicos que se posee. Eso ya lo había denunciado el Antiguo Testamento (cfr. Sal 49, 7; Prov 11, 28; Job 31, 24s). Y lleva demasiado fácilmente a ser insensible ante la miseria del pobre, que se puede encontrar delante de la propia puerta, como cita la parábola del rico y de Lázaro (cfr. Lc 16, 19-31). Por eso, cuando Zaqueo promete que dará la mitad de sus bienes a los pobres y que a las personas que haya exigido más dinero de la cuenta, les restituirá cuatro veces más (cfr. Lc 19, 8), Jesús proclama con gozo: “Hoy ha entrado la salvación en esta casa” (Lc 19, 9). En cambio, como destaca la primera carta de Juan, si alguien ve a su hermano padeciendo necesidad y no comparte con él lo que tiene, esto es una señal clara de que el amor de Dios no permanece en él (cfr. 1 Jn 3, 15).

En el contexto de unas comunidades cristianas que han aprendido por experiencia propia y por la enseñanza de Jesús a ser muy críticas con los bienes materiales, ya no nos pueden sorprender las duras palabras que Santiago dirige a los ricos:

Y ustedes, los ricos, lloren y laméntense ante las desgracias que se les avecinan. Su riqueza está podrida y sus vestidos son pasto de la polilla. Su oro y su plata están enmohecidos y este moho dará testimonio contra ustedes y devorará sus cuerpos como si fuera fuego. ¿Para qué amontonar riquezas, si estamos en los últimos días? Miren, el jornal que han retenido a los trabajadores que cosecharon sus campos está clamando, y los gritos de los cosechadores llegan a oídos del Señor todopoderoso. En la tierra han vivido lujosamente y se han entregado al placer; con eso han engordado para el día de la matanza. Han condenado, han asesinado al inocente, y no les ofrece resistencia. (Sant 5, 1-6.)

Después de lo que acabamos de ver, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, ya no tiene por qué sorprendernos que 1 Tim 6, 10 afirme a modo de tesis un principio que puede ser como la conclusión de este apartado sobre el ídolo económico: “La raíz de todos los males es el amor al dinero”.

3.2. El ídolo político

Otro ídolo, también muy peligroso porque no tolera la disidencia y no permite que se pueda vivir bien al margen de sus imposiciones, es el de los imperios

injustos y explotadores, que se hacen ricos, viven muy bien, haciendo pagar el precio de su bienestar a los pueblos oprimidos y a los que no los adoran. Este último punto lo formula muy bien Ap 13, 7-13, criticando al Imperio romano y anunciando su caída (Ap 17-18)⁹.

Oseas es muy lúcido en este punto. Por eso exhorta al reino del Norte a que regrese al Señor y no confíe en el Imperio asirio: “Asiria no nos salvará, no volveremos a montar a caballo, y no llamaremos más dios nuestro a la obra de nuestras manos, pues en ti encuentra compasión el huérfano” (Os 14, 4).

Pero la tentación de confiar en los imperios del entorno, de hacer con ellos alianzas y de fiarse más de las armas, de los ejércitos, que de la manera alternativa de vivir que Dios había propuesto a su pueblo en la alianza, ha sido una tentación constante para Israel.

En cambio, los profetas, sobre todo Oseas, Isaías, Jeremías y Ezequiel, desconfían totalmente de las alianzas con los imperios, dado que estos solo buscan sus propios intereses. Y lo consideran también como un abandono de los principios religiosos que habían aceptado cuando sellaron la alianza en el Sinaí, como una auténtica prostitución religiosa (*cf.* Ez 23). Como indica Sicre¹⁰, estos profetas piensan que Israel o Judá, cuando firman un tratado con estos imperios, en el fondo les están atribuyendo cualidades divinas, situándolos en un lugar que solo le corresponde a Dios. Y así los imperios se convierten en ídolos.

Un par de textos de Isaías y de Jeremías nos ayudarán a ver que, efectivamente, esta es la visión crítica de los profetas hacia las alianzas con los imperios:

¡Ay de los hijos rebeldes —oráculo del Señor—, que hacen proyectos sin tenerme en cuenta, y hacen pactos que yo no inspiro, acumulando pecados y más pecados! ¡Que bajan a Egipto sin haberme consultado, a pedir la protección del faraón, a refugiarse a la sombra de Egipto! La protección del faraón será su vergüenza; el refugio a la sombra de Egipto se convertirá en su desprestigio. Cuando sus ministros vayan a Tanis, y sus embajadores lleguen a Janés, se verán defraudados por un pueblo que de nada les servirá, que no les dará ayuda ni socorro, sino vergüenza y deshonra. (Is 30, 1-5.)

¡Ay de los que bajan a Egipto en busca de socorro y se apoyan en su caballería! Confían en los carros de guerra porque son numerosos y en los jinetes porque son muy fuertes, pero no recurren al Santo de Israel, ni consultan al Señor. Pues él también es hábil para traer desdichas y no cambia su palabra. Se levantará contra la banda de los malvados, contra los que ayudan a los malhechores. Los egipcios son hombres y no dioses; y sus caballos son carne

9. *Cfr.* X. Alegre, *El Apocalipsis de Juan. El libro de la resistencia y esperanza cristiana en un mundo injusto*, San Salvador, 2009.

10. *Cfr. ibid.*, p. 25.

y no espíritu. El Señor extenderá su mano, y tropezarán protectores y protegidos; todos juntos perecerán. (Is 31, 1-3.)

Y ahora, ¿para qué quieres ir a Egipto? ¿Para beber el agua del Nilo? ¿Para qué quieres ir a Asiria? ¿Para beber el agua del Éufrates? Tu maldad te castiga, tu infidelidad te condena. Experimenta y aprende qué doloroso y amargo es abandonar y no respetar al Señor, tu Dios. Oráculo del Señor todopoderoso. (Jer 2, 18-19; *cfr.* 2, 36-37.)

Israel sabe de sobra que todos los imperios explotan a los pueblos, a los cuales les ofrecen su “protección”. Por esto, el autor del segundo libro de los Reyes recuerda que el pueblo empobrecido tuvo que pagar un impuesto económico al faraón de Egipto: “Joaquín entregó la plata y el oro al faraón, y sometió a impuestos a todos el país para reunir la cantidad fijada por el faraón, exigiendo a cada uno, según su fortuna, el oro y la plata para dárselo al faraón” (2 Re 23, 35).

Por eso Sicre¹¹, a propósito de este hecho, hace una observación que hoy, viendo cómo se comportan el imperio estadounidense o la comunidad europea, sigue siendo muy actual y nos invita a pensar sobre cuáles son las alianzas políticas que vale la pena que hagamos. Y más en concreto, cuál es el tipo de globalización que queremos alcanzar: “La seguridad de un régimen se compra al precio de la inseguridad del pueblo”. Las duras crisis que determinados Gobiernos europeos están sufriendo en estos momentos (Grecia, España, Portugal, etc.) no hacen sino confirmar estas reflexiones.

3.3. El ídolo cúllico

También el culto se puede convertir en un sucedáneo de la auténtica relación con el Dios bueno, justo, liberador del pobre. Y por tanto, puede convertirse en ídolo, también en el cristianismo como lo fue en el judaísmo. Por ejemplo, si sirve para dar falsas seguridades a los que lo practican. O si sirve para tranquilizar la propia conciencia para no tener que realizar la justicia, la defensa del pobre y excluido, que es el criterio decisivo para poder discernir si el pueblo de Dios es realmente fiel a la alianza.

Ya Oseas había advertido al reino del Norte, que confiaba en el culto por el hecho de que era el pueblo escogido, pero no practicaba la justicia y la misericordia para con el pobre, que lo que Dios quería realmente de su pueblo era que fuese fiel a las exigencias de la alianza. Por eso pone en boca de Dios las siguientes palabras críticas con un culto que puede ser alienante: “Porque quiero amor, y no sacrificios, y prefiero el conocimiento de Dios, más que los holocaustos” (Os 6, 6, un texto que, según Mt 9, 13 y 12, 7, Jesús empleó para

11. *Ibid.*, p. 84.

relativizar las normas religiosas que exigían la separación de los judíos de los pecadores y la guarda del sábado).

Muchos son los textos proféticos que advierten a Israel que no se fíe del culto como excusa para no realizar lo que Dios le pidió en la alianza del Sinaí. El respeto a los derechos de los pobres, la defensa radical de la justicia, es el criterio fundamental para poder discernir si el culto es auténtico, si es agradable a Dios o no. La sabiduría religiosa de Israel lo tiene muy presente cuando recoge el siguiente proverbio: “La práctica de la justicia y del derecho agradan al Señor más que los sacrificios” (Prov 21, 3).

Pero, por lo visto, se trata de un principio que resulta difícil de comprender para el ser humano, incluso para el que se considera religioso y cristiano. Por eso encontramos en los profetas del pueblo de Dios denuncias muy claras en este sentido. Veamos primero la de Amós en el reino del Norte:

Odio, desprecio sus fiestas, me disgustan sus celebraciones. Me presentan holocaustos y ofrendas, pero yo no los acepto ni me complazco en mirar sus sacrificios de novillos gordos. Aparten de mí el ruido de sus cánticos, no quiero oír más la música de sus arpas. Hagan que el derecho corra como agua y la justicia como río inagotable. ¿Acaso me presentaron sacrificios y ofrendas, pueblo de Israel, durante los cuarenta años del desierto? Tendrán que cargar con Sacut y Keván, imágenes de los astros divinizados, ídolos que se han fabricado, cuando yo les deporte más allá de Damasco. Así dice el Señor, cuyo nombre es Dios todopoderoso. (Am 5, 21-27.)

Y también en el reino del Sur, antes, durante y después del exilio en Babilonia, encontramos denuncias semejantes, mostrando así que se trata de un tema importante para la auténtica fe religiosa:

Escuchen la palabra del Señor, jefes de Sodoma, atiende a la enseñanza de nuestro Dios, pueblo de Gomorra: “¿De qué me sirven todos sus sacrificios?”, dice el Señor. “Estoy harto de holocaustos, de carneros y de grasa de becerros; detesto la sangre de novillos, corderos y chivos. Cuando vienen ante mí, ¿quién les pide que pisoteen mis atrios? No vuelvan a traer ofrendas vacías, cuya humareda me resulta insoportable. ¡Dejen de convocar asambleas, lunas nuevas y sábados! No aguanto fiestas mezcladas con delitos. Aborrezco con toda el alma sus lunas nuevas y celebraciones: se me han vuelto una carga inaguantable. Cuando extienden las manos para orar, aparto mi vista. Aunque hablen muchas oraciones, no las escucho, pues tienen las manos manchadas de sangre. Lávense, purifíquense; aparten de mi vista sus malas acciones. Dejen de hacer el mal, aprendan a hacer el bien. Busquen el derecho, protejan al oprimido, socorran al huérfano, defiendan a la viuda. Luego, vengan y discutiremos”, dice el Señor. (Is 1, 10-18.)

Grita con fuerte voz, no te contengas, levanta la voz como una trompeta, denuncia a mi pueblo sus rebeldías, a la descendencia de Jacob sus pecados. Me buscan a diario, desean conocer mi voluntad, como si fueran un pueblo que se comporta rectamente, que no quisiera apartarse de lo que Dios considera justo. Me piden sentencias justas, desean estar cerca de Dios. Y sin embargo, dicen: “¿Para qué ayunar, si tú no te das cuenta? ¿Para qué mortificarnos, si tú no te enteras?”. En realidad utilizan el día de ayuno para hacer lo que les da la gana y explotar a sus trabajadores. Ayunan entre pleitos y riñas golpeando criminalmente con el puño. No ayunen de esta manera, si quieren que su voz se escuche en el cielo. ¿Es acaso ese el ayuno que yo quiero cuando alguien decide mortificarse? Inclinan la cabeza como una caña y se acuestan sobre cenizas con vestido de luto. ¿A eso llaman ayuno, día grato al Señor? El ayuno que yo quiero es este: que sueltes las cadenas injustas, que desates las correas del yugo, que dejes libres a los oprimidos, que acabes con todas las opresiones, que compartas tu pan con el hambriento, que hospedes a los pobres sin techo, que proporciones ropas al desnudo y que no te desentiendas de tus semejantes. Entonces brillará tu luz como la aurora y tus heridas sanarán en seguida, tu recto proceder caminará ante ti y te seguirá la gloria del Señor. Entonces invocarás al Señor y él te responderá, pedirás auxilio y te dirá: “Aquí estoy”. Si alejas de ti toda opresión, si dejas de acusar con el dedo y de levantar calumnias, si repartes tu pan al hambriento y sacias al que desfallece, entonces surgirá tu luz en las tinieblas y tu oscuridad se convertirá en mediodía. (Is 58, 1-10.)

De estos textos se deduce claramente que también el culto se puede convertir en un ídolo. Y esto ocurre cuando en vez de contribuir a que la persona que participa en el culto cumpla la voluntad de Dios, la cual tiene su máxima concreción en el hecho de que toda persona —y de modo especial, el pobre, el empobrecido, que es el que tiene la vida más amenazada— pueda vivir dignamente, posibilite, de hecho, una manera de vivir egoísta, que se concreta en la explotación del prójimo. Se convierte, entonces, en un culto espiritualista, alienante, por más maravilloso que sea, como lo fue el culto que Amós e Isafas criticaron.

Por eso, Jesús, que fue sumamente lúcido en este aspecto, puso el culto al servicio de la misericordia y de la justicia (*cf.* Mt 9, 13 y 12, 7). Y Lucas, al presentar de modo programático el proyecto de Jesús en la sinagoga de Nazaret, lo resume en estas palabras, tomadas de Is 61, 1-2 (*cf.* Lv 25, a propósito del año de gracia): “El espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar la buena noticia a los pobres; me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos, a dar vista a los ciegos, a libertar a los oprimidos y a proclamar un año de gracia del Señor”. Y Mateo tuvo interés en subrayar también que la pregunta decisiva en el juicio final, cuando nos encontremos con Jesús cara a cara, no será sobre la calidad de nuestro culto, sino sobre nuestra relación con el pobre, sobre nuestra opción por él, pues nos preguntará: ¿Tuve hambre y me dieron de comer, tuve sed y me dieron de beber, etc.? (*cf.* Mt 25, 31-46). Más aún, en esta

parábola, Jesús se identifica claramente con las personas que pasan necesidad de modo que ellas se conviertan en auténtico sacramento de Jesús. También suya, según Mc 2, 27, es aquella afirmación radical que acuñó para defender que el hambre de sus discípulos (y la de cualquier persona) pasa por encima de leyes tan sagradas como las que obligaban a los israelitas a guardar el sábado, prohibiendo cualquier tipo de trabajo, también el de arrancar espigas: “El sábado está hecho para el hombre y no el hombre para el sábado”.

Una vez más se ve hasta qué punto la voluntad primordial del Dios bíblico que se revela al máximo en Jesús de Nazaret es el bien del ser humano. Pero como muestra el Nuevo Testamento, este Dios puede resultar escandaloso para muchas personas que se creen piadosas y creen, equivocadamente, que cumplen la voluntad de Dios obviando la mediación del pobre. Por eso critican a Jesús cuando, en sábado, cura a los enfermos, como los paralíticos y los ciegos de nacimiento (*cf.* Jn 5, 1-9; 9, 13ss). Más aún, este modo de presentar la voluntad de Dios provocó, según Mc 3, 6, que los políticos partidarios de Herodes y los fariseos, representantes de la religiosidad popular, que centraba su interés en cumplir al pie de la letra las leyes del Antiguo Testamento, decidieran —y, según Marcos, fue la primera vez que se intentó matar a Jesús— que se debía condenar a muerte a Jesús. Y lo deciden al ver que él pone por encima de un precepto tan “religioso” y santo, como el que obligaba a guardar el sábado, que hasta Dios había guardado (*cf.* Ex 20, 11), la curación de un hombre que tenía, simplemente, la mano paralizada (*cf.* Mc 3, 1-6). Por ello no es casual que Jesús, provocadoramente, en vez de decir que el domingo quedaría curado, lo cure precisamente en sábado. Según Jesús, lo que Dios quiere de verdad es el bien del ser humano (*cf.* Mc 3, 4). Y esta voluntad de Dios pasa por encima de cualquier otro precepto suyo. Por eso, un buen conocedor y seguidor de Jesús, como Mons. Romero, dijo que “la gloria de Dios es el pobre que vive”.

4. Conclusión

El recorrido por los textos bíblicos que acabamos de hacer nos ha mostrado claramente dónde radica la idolatría que denuncia la Biblia. Y nos ha ayudado a ver también no solo por qué la reflexión bíblica sobre los ídolos sigue siendo tan actual, sino también por qué el Dios que se revela en la Biblia es tan celoso de los ídolos, precisamente porque apartan a su pueblo de la auténtica adoración de Yahvé. Y esto es así porque la única adoración de Dios que merece el nombre de auténtica es aquella que tiene como meta el poder posibilitar una vida digna para todo el mundo, sobre todo para aquellos que tienen la vida más amenazada: los pobres, los oprimidos, los marginados y los excluidos por un sistema neocapitalista que provoca innumerables víctimas con su egoísmo.

Podemos concluir, por tanto, que la crítica a los ídolos que hemos encontrado en la Biblia sigue siendo hoy, desgraciadamente, tan actual como lo fue en el tiempo bíblico. Y “denominación de origen” de la identidad cristiana, infinitamente más fundamental que cualquier norma que tenga que ver con la

sexualidad. Una vez más podemos constatar que los seres humanos no sabemos aprender de la historia. Ni los creyentes, de la historia creyente. Se confirma, pues, que el ser humano es el único animal que es capaz de tropezar, no dos, sino tropecientas veces en la misma piedra.

Esto es quizás aún más evidente con el ídolo económico, que nos ha llevado no solo a explotar a los pobres, a las personas y a los pueblos marginados de este mundo injusto, sembrando así la semilla de un terrorismo que vemos, con razón, como amenazante y contra el cual nos queremos proteger, pero sin quitar —y este es nuestro error más grave— las causas, sobre todo estructurales, que lo provocan. Los datos que conocemos hoy sobre la pobreza, el hambre, la exclusión de las mayorías empobrecidas de nuestro mundo (1,300 millones de personas han de vivir hoy con menos de un euro diario), son horribles y escandalosos. Y deberían interpelarnos seriamente a las personas que intentamos seguir a Jesús y ser fieles al Dios que se nos ha revelado en la Biblia.

Para colmo, estos ídolos nos han llevado a depredar la naturaleza, haciendo que el mundo resulte cada vez más amenazador, más inhabitable, para nosotros. Y sobre todo, está provocando que las generaciones futuras se puedan encontrar con un mundo en el cual ya no se pueda vivir de un modo humano, a diferencia del mundo que nos legaron nuestros antepasados.

Por ello quisiera insistir una vez más en el hecho de que en la raíz de esta globalización neocapitalista, explotadora del ser humano y depredadora de la naturaleza, está el mismo ídolo que ya la Biblia denunciaba, como hemos visto, en el Antiguo Testamento: la codicia.

Ahora podemos comprender mejor por qué los teólogos modernos denominan “idolatría” a esta “adoración” de unas realidades limitadas, sobre todo las económicas, que al esclavizarnos no nos permiten abrirnos realmente al Dios verdadero y a su proyecto liberador de toda la humanidad. Se trata de un proyecto liberador sobre todo de la codicia, que nos deshumaniza y no nos permite crear un mundo solidario y fraternal, en el cual todo el mundo pueda vivir de un modo digno en paz, justicia y libertad.

A. Gesché es uno de estos teólogos que emplea, con razón, el lenguaje de la idolatría para denunciar aquellas realidades creadas que a menudo se convierten —o al menos, se pueden convertir— en dioses. Él formula así su crítica:

En el pasado podían [los ídolos] llevar estos nombres: dios de la fecundidad, dios de la salud, dios de la riqueza, dios de la guerra, dios de la fortuna, etc. Pero tras ellos se esconden siempre todos los falsos dioses que nos asignamos cada vez que absolutizamos lo que no debe ser absolutizado ni merecerlo. Lo que está a nuestro servicio se convierte en nuestro dueño y señor.¹²

12. A. Gesché, *Dios para pensar*, vol. II, Salamanca: Sígueme, 1997, p. 142.

Esa desnaturalización o esa desviación del verdadero Dios se ha producido y se produce cada vez que nosotros hemos puesto a Dios al servicio de nuestros intereses; le hemos hecho a nuestra medida; hemos embotado su palabra con exégesis tranquilizadoras; le hemos sustituido por una imagen ajena; hemos puesto por delante de Dios nuestras definiciones y nuestras expectativas, en lugar de dejarle ser lo que es (“Yo soy el que soy”). Le ocurre al verdadero Dios, transformado en dios falso, lo mismo que al deseo transformado en necesidad. Una verdad falsificada es peor que un error.¹³

Por eso, en su reflexión sobre la idolatría, subraya Gesché¹⁴, con razón, que la idolatría no es tanto ni en primer lugar un error teológico, sino antropológico. Para él, sería falsa porque, de hecho, falsea al hombre. Porque lo pervierte, le hace coger un camino en el cual se pierde.

Se pierde a sí mismo, porque no le deja ser plenamente humano. Más aún, lo deshumaniza, convirtiéndolo, entonces, en un lobo para los demás. Por eso, como con razón se quejaba el profeta Jeremías, la valoración absoluta del ídolo económico ha dejado sembrado de víctimas su camino:

Pues hay en mi pueblo hombres malvados que, como el cazador de pájaros, acechan agazapados, colocan trampas y cazan hombres. Como una jaula llena de pájaros, así están sus casas llenas de robos. Así es como se hacen poderosos y ricos, gordos y rozagantes: sobrepasan la medida del mal, no respetan el derecho, se aprovechan del huérfano y no defienden la causa de los pobres. (Jr 5, 26-28.)

Y quiero concluir mi artículo con unas palabras muy lúcidas de Jon Sobrino:

Como tantas veces se ha dicho (pero hay que repetirlo porque sigue siendo una espantosa realidad), los ídolos son realidades históricas, realmente existentes, que se hacen pasar por divinidades, mostrándose con las características de la divinidad: ultimidad, autojustificación, intocabilidad, ofreciendo salvación a sus adoradores, aunque los deshumanizan, y, sobre todo, exigiendo víctimas para subsistir. Esas realidades históricas son lo que llamamos los ídolos de muerte, que en El Salvador fueron concretados por monseñor Romero como el ídolo de la riqueza, la absolutización del capital —el primer y más grave de los ídolos y el originante de todos los demás— y la doctrina de la seguridad nacional; a lo cual añadió la seria advertencia a las organizaciones populares de que no se convirtieran en ídolos ni hiciesen nunca de la violencia, aun en el caso de que llegase a ser legítima, una mística.¹⁵

13. *Ibid.*, p. 144.

14. *Cfr. ibid.*, p. 139.

15. *Ibid.*, p. 22. Y en su artículo “Reflexiones sobre el significado del ateísmo y la idolatría para la teología”, *Revista Latinoamericana de Teología*, 3 (1986), p. 52,

En el fondo, toda la reflexión bíblica sobre los ídolos nos quiere confrontar con la opción que debe hacer todo ser humano. Se ha de preguntar en quién realmente pone su confianza absoluta, si en el Dios verdadero, como nos recomienda Jer 17, 7-8, o bien en cualquier otra realidad, la cual, por el hecho de ser limitada, no solo no nos dará, a la larga, la felicidad que anhelamos, sino que nos convertirá en maldición para nosotros mismos y para los demás (*cf.* Jer 17, 5-6.9-13). Pero, a la hora de hacer su opción, el creyente cristiano nunca puede olvidar la proclamación de Jesús: “Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el Reino de Dios” (Lc 6, 20). Y que “es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico entre en el Reino de Dios” (Mc 10, 25). Después de lo que acabamos de ver sobre los ídolos en la Biblia, se comprende mejor por qué Jesús (y la Biblia en general) fue tan radical en la denuncia de la riqueza en un mundo injusto.

Sobrino lo concreta muy claramente: “Idolatría significa muerte que impera de mil formas. La muerte lenta que producen estructuras injustas que fría, calculada o, al menos, calculablemente generan millones de víctimas; la muerte violenta, rápida y cruel que sobreviene por necesidad a quienes quieren liberarse de los ídolos; las masacres, los genocidios, la desaparición de pueblos indígenas, los conflictos armados, causados por la injusticia, que desangran a los pueblos. Muerte también a otros niveles menos reconocidos, pero reales: la muerte cultural que priva a los pueblos de su autoconciencia y cohesión, la muerte religiosa por la proliferación de sectas alienantes, la muerte también en algunos del sentido ante la impotencia por detener la muerte real, ante la deshumanización de opresores y oprimidos, ante el largo y oscuro túnel de la injusticia”.